

CONFERENCIA VII

DE LA SUPUESTA FACULTAD DEL SENTIMIENTO

1. **La antigua doctrina sobre las dos potencias del alma.**—Hace siglos que reflexionaba sobre sí mismo el espíritu humano con una seriedad digna de toda nuestra admiración. A veces fué tal este predilecto ejercicio, que, no puede negarse, le hizo desdeñar el estudio de las ciencias experimentales y del mundo exterior. Pero si hacemos abstracción de algunos nominalistas que han llegado tarde ⁽¹⁾ y de algunos espíritus parecidos, ⁽²⁾ no se halla ningún pensador católico que haya enseñado otra cosa que esta doctrina: El alma del hombre es, por su naturaleza, distinta de sus potencias, y las potencias son distintas entre sí. Sólo el panteísmo, consecuente con lo que á él le agrada, ⁽³⁾ ha rechazado esta distinción, y no ha admitido diferencia alguna entre el alma y sus potencias, de un lado, ni entre las potencias entre sí, de otro. Ahí está Espinosa, ⁽⁴⁾ y ahí están recientemente Hegel y Herbart; ahí está también especialmente el supuesto panteísmo católico de Guillermo Rosenkrantz, ⁽⁵⁾ imitación del idealismo de Schelling.

Mas fuera de estas excepciones, puede decirse que la vieja doctrina cristiana sobre el alma es la expresión ge-

(1) Occam y sus discípulos, Stœckl, *Hist. de la philos. du moyen âge*, II, 1017; Bânes, *Comment.*, I, q. 77, a. 1, dub. 1.

(2) Arriaga, *Curs. philos. de anima*, d. 3, n. 118; Mayr, *Philos. péripat.*, IV, n. 212; Cf. Valencia, I, d. 6, q. 3, p. 2.

(3) Sanseverino, *Philos. christiana*, IV, 323.

(4) Erdmann, *Gesch. der Philos.*, (3) II, 78; Risser, *Gesch. der philos.*, XI, 247.

(5) Rosenkrantz, *Principienlehre*, 148.

neral de la humanidad pensadora, en cuanto reconoce la existencia del alma humana, y no se burla *a priori* de toda enseñanza que á ella se refiere, como hace el materialismo. La Iglesia se ha expresado en esto de la manera más explícita, cuando enseña que de la naturaleza del alma humana brotan dos facultades perfectamente distintas entre sí: la razón y la voluntad. ⁽¹⁾ Por eso no se han mencionado constantemente más que dos facultades superiores: la potencia *cognoscitiva* y la potencia *apetitiva*. Cada una, según el objeto que abarcaba, se dividía á su vez en otras dos. Así se hablaba de una facultad cognoscitiva sensible, por cuya virtud percibimos lo que nos impresiona con sus formas sensibles, y de otra facultad de más elevada categoría, la razón, que nos hace capaces de conocer hasta las cosas suprasensibles, aquellas cosas que «ni pueden ver nuestros ojos, ni oír nuestros oídos, ni tocar nuestras manos». ⁽²⁾

Del mismo modo, la potencia apetitiva se dirige, ya á lo que agrada á nuestra naturaleza sensible, y que se nos presenta como bueno por intermedio de los sentidos, ya á los objetos suprasensibles que, como la virtud y la ciencia, corresponden á nuestra naturaleza intelectual, y hacia las cuales se dirige ella en el momento en que nos las presenta la razón. De ahí el distinguir una facultad apetitiva sensible y otra facultad apetitiva más elevada. ⁽³⁾

Es idea ésta que, no sólo ha merecido aprobación general de parte de todos los pensadores, sino que en sus líneas fundamentales, como acabamos de ver, ha sido categóricamente manifestada en la doctrina de la Iglesia.

El primero, que sepamos, que abandonó expresamente estos principios fué Juan Nicolás Tetens de Riel, el cual enseña sin rodeos que: «es tal la opinión constante del mayor número de psicólogos y en particular la del catecismo». ⁽⁴⁾

(1) Concil. Toletan., 15, (Denzinger, *Enchiridion*, 240).

(2) Complutenses, *Anima*, d. 7, q. 2; Felipe de la Stma. Trinidad, *Philos.*, 2, 2, q. 31, a. 2.

(3) Vignerius, *Institut.*, c. 1, § 9 y 10; c. 2, § 5, ver. 7.

(4) Jungmann, *Das Gemüth*. 2. Auft., p. 2.

2. **Sus saludables efectos; resultados funestos del olvido en que se las deja. Consecuencias prácticas de las filosofías que han tratado este asunto.**—Predominó largo tiempo esta idea, sin oposición podría decirse; y al dominio mixto, que pertenecía á la vez á la naturaleza sensible y á la inteligencia, se dió el nombre de *corazón*. Con esta convicción, llegó la humanidad casi hasta los días de la gran Revolución. Y no puede negarse que dieron pruebas de trabajo intelectual y de actividad moral los que con ella estaban satisfechos. Hoy nos parecen tan imposibles estas cosas, que nos infunden cierto terror secreto.

Caracteriza particularmente á los tiempos pasados una lucidez maravillosa y una fuerza y precisión en todas las acciones y en todos los caracteres, fuerza y precisión que llegaron á todas las instituciones políticas y sociales de los siglos anteriores. Pueden formarse juicios despreciativos de los tiempos antiguos, pero sea de ello lo que quiera, hay una acusación que se les dirigirá con facilidad, acusación de que desgraciadamente no están libres los tiempos modernos: la simpleza y la vulgaridad. Lo que eran las gentes de aquella época, lo eran por completo. ¿Eran buenos y piadosos? Poco difíciles de conquistar eran para ellos el martirio y la santidad. ¿Eran malvados? No lo ocultaban, se manifestaban á la luz del medio día, de modo que nadie pudiese dudar de ello; no servían á Dios y á Bélial igualmente; era algo deshonesto para ellos esa moral fácil y vulgar que se acomoda exteriormente, la mitad con la conciencia, y la otra mitad con la opinión pública cristiana y que interiormente guarda secreto apego al vicio. ¿Habían roto con la Iglesia? Se dirigían á Blocksberg, ó se creaban iglesias particulares, no haciendo ningún misterio; en el altar principal, Satanás reemplazaba á la cruz. Pero mentirse á sí mismos y engañar al mundo, pretextando que se honraba mejor á Dios entre los zorros, en el fondo de los bosques, que en la pesada atmósfera de las iglesias, eran cosas que les hubieran hecho reír: testigos los Albigenses.

Sobreponerse á los mandamientos de Dios; y lisonjearse de que nada falta á su religiosidad, porque se entusiasman ante el Requiem de Mozart ó ante una creación de Haydn; dar rienda suelta á las pasiones, pretextando que reclama sus derechos la querida naturaleza; después de todo esto, entregarse al juicio del buen Dios que no tomará las cosas tan estrictamente como lo dice en sus amenazas; ó bien imaginarse un Dios panteístico, nebuloso, y una religión budista, sombría, con los cuales puede llevarse una vida muelle, perezosa, cómoda, y creer, sin embargo, que desde el punto de vista religioso se está á cien codos sobre esos religiosos sencillos que, por motivos ilusorios se entregan al servicio de los desgraciados hasta llegar á morir: todo eso es conquista de los tiempos modernos. Tales medianías, que quitan á la religión y á la moralidad toda fuerza, toda actividad, toda victoria, y que, por toda perfección, se contentan con algunos sentimientos superficiales, con algunas lágrimas estériles, fueron posibles sólo cuando se desterró la antigua y enérgica doctrina sobre la inteligencia y la voluntad, y se la reemplazó por la moderna y femenil teoría del sentimiento. ¡Quién no creyera que semejantes doctrinas sirven de simple pasatiempo en las escuelas! ¡Pero no! Tienen grandísima influencia en la vida, y estamos en presencia de una cosa real que podemos como tocar con los dedos.

3. **La exaltación sentimental del siglo XVIII.**—Puede señalarse el fin del triste reinado de Luís XV como la época aproximativa en que desaparecieron los últimos vestigios del antiguo espíritu de la humanidad culta. Agotado por el exceso de pasiones salvajes que caracterizaron el tiempo de la división de la fe y de las guerras de Religión; incapaz de continuar la licencia en la proporción en que la había conocido el abominable período de esplendor de la realeza francesa, se había separado de la Religión de tal manera, que se burlaba de Dios con Voltaire, se hacía mofa de la santidad, sin tener valor para negarlo todo, si es que quedaba todavía alguna cosa.

Cayó entonces el mundo entero en un estado que hacía pensar en la decrepitud de la edad; no había muerto la afición al mal; dió nuevas pruebas de ello en cantidad, que asusta, tan pronto como quedó algo sosegado; pero era energía únicamente para el pecado; aquello fué una postración general; la fe se convirtió en racionalismo y la devoción en mogigatería; la galantería sucedió á la virtud noble y franca; el amor del prójimo pasó á ser insulsa palabrería. El desarreglo sin disimulo de los rudos compañeros de Lutero y de Simplicísimo se pulió á sí mismo hasta convertirse en insulsa voluptuosidad y en una especie de galantería que no dejó de ejercer seductora influencia en la parte nerviosa del género humano; dominaba por todas partes una falta de genio y de energía que daba lástima. No comprendemos cómo se las compuso la humanidad para soportar un alimento intelectual tan sin gracia, tan intolerable, como los idilios de los eternos Dafnis, con los Dafnis y las Filis y las Cloes, con sus dulces sueños, sus olorosos botones de rosa y sus ovejas blancas como la leche; pero no había cosa mejor, y aquello ya era algo grande. Era obra admirable la del poeta que convocaba á los zéfiros del mundo entero, para comunicarles, ó más bien, para comunicar á Cloe esta importante noticia:

«Y al apuntar la aurora,
»Cerca de la cascada,
»Solo y desamparado
»Vuestro nombre anhelaba.» (1)

Nunca como en aquellos días reinaron en el mundo la sensiblería y el sentimentalismo. Gellert, uno de los principales héroes del sentimentalismo de entonces, estuvo á pique de pagar con su vida, como escribió á Borchward, un pasaje sentimental que encontró en una carta de Rabener. «Doy gracias á Dios porque eres amigo mío», decía al terminar la tremenda carta. (2)

(1) Gessner, *Morgenlied. Scemmtl. Werke*. Viena, 1793, III, 104.
(2) Biedermann, *Deutschland im XVIII Jahrh.*, II, II, 60.

Pero á la cabeza del fanatismo sentimental marcha Bernardino de Saint-Pierre, autor muy conocido de Pablo y Virginia. En su opinión, la melancolía es el supremo goce del alma. Donde emplean otros la gerga común de la humanidad, esto es, según él, el lenguaje común de la razón, que tanto desprecia, no quiere sino que hable el corazón. Y mientras dice Descartes: «Pienso, luego existo», él dice al contrario: «Siento, luego existo». «Siendo el sentimiento incomparablemente superior á la razón, debe dominarla; el sentimiento es el goce más elevado que ha puesto en nosotros la divinidad. Y como la noche inspira más ideas que el día, así es más rico el sentimiento que la inteligencia. Durante el día no veo más que un sol; durante la noche veo millares. Así, no tiene el hombre más que renunciar á la razón, y al punto se engolfa su corazón en emociones divinas». (1)

Y en efecto, pronto rechazó el mundo la razón, y halló la luna, y hasta la noche sin estrellas, más brillante que el resplandor del sol. El libro más nocivo de Goethe, los sufrimientos del joven Werther, la pintura más feliz que hizo de su vida, provocó un verdadero diluvio de lágrimas y una fiebre de suicidios, no sólo entre los jóvenes, sino también entre los hombres ya maduros. Todo está enfermo en esa brillante época del sentimiento; no hay honor más grande ni más elevado heroísmo, que suspirar hasta la muerte por pura sensiblería, y derramar continuas lágrimas. Entonces Damón, con el corazón hecho pedazos, exhala el último suspiro en el silencioso rincón de un estante rodeado de cañas, porque ama con el mismo amor á Cloe y á Dafni, y ve que no le pagan con su amor los dos desdeñosos. Y se deshacen tres corazones con un dolor agridulce, sufriendo en silencio cada uno por sí, bajo las temblorosas hojas de una mimbrera plantada á la orilla de las ondas que pasaban en continuo murmurio, porque Dafni y Cloe corresponden igualmente al amor del

(1) Lotheissen, *Litteratur und Gesellschaft in Frankreich zur Zeit der Revolution*, 214 y sig.; 218 y sig.

virtuoso Damón. Pero son aquellos seres tan celestiales, que, desesperado él porque no sabe si ha de dar la preferencia á la que cuida las vacas ó á la que cuida los gansos, concluye por desaparecer lentamente como el perfume de las flores. ¡Qué lástima! ¡No encontrar natural y hasta necesario que retrocedan ellas como palomas hasta perder la vida! Le amaban ellas más que las ovejas el trébol. ⁽¹⁾

La misma es la enfermedad en la fría Holanda; siempre comienzan las cosas por desvanecimientos, y terminan por sudores de muerte, y por ríos de lágrimas. Conociendo los escritores y particularmente Feith, sus propias disposiciones y la de los lectores, apenas si saben inspirarlas interés, ofreciéndoles otra cosa que el sacrificio de un corazón sensible. ⁽²⁾

En época tan sentimental, no podía la filosofía andar en pos de la poesía. Hasta entonces, había gustado bastante de locuras el mundo, para castigarle por haber creído que la filosofía era buena para las escuelas. Se pensó que sería recibida con reconocimiento la filosofía que supiera acomodarse á la vida; sólo que no pudo tener este privilegio. Ha podido decir á los sabios el filósofo, con Hegel y Schelling, que la mejor prueba de su grandeza trascendental está precisamente en que nadie los entienda. Será éste un nuevo título á su admiración, pero que no actuará del mismo modo en el vulgo; sigue la corriente, y aun va delante, si puede.

Lo mismo hizo, en cuanto le fué posible, la fría filosofía racionalista y filantrópica en pro del hombre honrado perteneciente á cierta confesión, no importa cual, y desligado de todas las preocupaciones del fanatismo.

El Padre Basedow se propuso escribir un Tratado de Educación, no sólo para los niños cristianos, sino también para los mahometanos y judíos, de modo que pudieran servirse de él todos sin lastimar sus conciencias. Tuvo tal

(1) Gessner., *Milon.* (Ges. Werke., 793, III, 13).

(2) Jonckbloet. *Gesch. der niederlænd. Lit., Deutsch von Berg.*, II, 150 y sig.

éxito la empresa, que, por último, Guillermo Abrahám Teller se atrevió á creer que había encontrado la solución de un gran problema: la unión del Judaísmo y del Cristianismo ante el altar de la humanidad. De esta manera, se desembarazaba, por fin, del insoportable yugo de la fe; se sentía de nuevo hombre completo.

Nos hace ver la literatura de aquella época, muy fecunda por cierto, cuán propia era de aquella humanidad cortesana.

Hubo verdadera inundación de tratados sobre el conocimiento del corazón humano; eran sueños filosóficos y prácticos de un filántropo; cartas afectuosas sobre la religión y el sentimiento; tratados sobre la tolerancia y el Cristianismo sentimental, excursiones sentimentales, doctrinas sentimentales sobre las relaciones de los hombres entre sí, filosofías á la moda, fragmentos que trataban de la verdadera manera de comprender á los hombres y la utilidad pública. Viéronse aparecer también los nuevos caminos que conducían á la paz con Dios, ensayos sobre lo bello, lo sublime, lo natural, en confusa amalgama con los ensayos sobre el pan y la sal, y las inevitables autobiografías en que hombres del temple de los Edelmann, de los Bahrtdt y de los Lauckhardt se proponían ennoblecer á la humanidad con cuadros al vivo de su propia vida. En fin, fué coronado el edificio con manuales de oraciones, tales como las *horas* y los tratados sobre Dios, puro amor. Fué aquella la época de los grandes educadores de los pueblos, de los predicadores entusiastas, de una nueva moral más pura que la anterior; fué la era de la cortesía, de la honradez, y, cosa curiosa que no debe olvidarse, fué también el tiempo de las Pompadour, de las de Barry, de los Cagliostro, de los Casanova, de los Robespierre y de los Marat.

4. Descubrimiento de una facultad especial llamada sentimiento; su empleo.—Muy natural era que la filosofía, que hacía tiempo que había despreciado la razón, aunque había hablado de ella más que nunca, y que nada

podía emprender en compañía de la voluntad, no tuviese en cuenta la antigua doctrina sobre el corazón. La servidumbre de las pasiones, que hasta entonces había formado la substancia de la filantropía del corazón, era una palabra que no podían soportar los oídos de aquella generación; era necesario sustituirla por otra. Y cierto que hubiera sido cruel exigir al corazón humano que se constituyese en arsenal de todas esas derogaciones de la naturaleza, de que estaba enamorada aquella afeminada época.

Era necesario que el espíritu del siglo fundase un establecimiento para aquel ejército de hijos ilegítimos. Obligado entonces por la necesidad, construyó una nueva casa de expósitos, y le dió el nombre de Sentimiento.

Como ya lo hemos dicho, Tetens hizo este descubrimiento en el año de 1777. No era, sin embargo, enteramente nuevo. Ya Aristóteles menciona algunas personas que pensaban de la misma manera; ⁽¹⁾ en el mismo sentido habían trabajado ya Descartes y Malebranche. ⁽²⁾ Pero aparecía entonces clara y neta la doctrina que enseñaba, que debían distinguirse en el alma humana tres facultades fundamentales, que, colocadas una en frente de otra, tienen igual dignidad, y se llaman: razón, voluntad, sentimiento. Y cuando se decidió Kant por esta división, adquirió derecho de ciudadanía en el mundo de los sabios y de los ignorantes.

Encargóse de la Casa de Huérfanos Schleiermacher, padre del protestantismo moderno. Hasta él, se había tratado sólo de colocar el sentimiento al lado de la razón y de la voluntad; de rondón lo colocó él sobre estas dos facultades. Más aún, desalojó á éstas, principalmente á la voluntad, para darle á él exclusivamente el lugar. El mérito inmortal que adquirió en la opinión de sus discípulos, le vino sobre todo por haber llevado el descubrimiento al dominio religioso, transformando así toda la noción de la Religión. ⁽³⁾ Francamente, no sabemos si un hombre tal

(1) Aristóteles, *Anima*, 3, 9, 2.

(2) Bourquard, *Doctrine de la connaissance*, 1877, 106.

(3) Pfeiderer, *Moral und Religion*, 154.

podía creerse llamado ni á pronunciar siquiera la palabra Religión, pues, sirviéndonos de las palabras de Gervino, no se movía sino dentro del círculo del sutil espíritu judío en que se hizo notar por su irreligión, á la que no daba tregua, sino para atacar al Cristianismo. ⁽¹⁾ Puede ya adivinarse el resultado de semejante empresa, cuando fué realizada por un panteísta que quiere crear una nueva concepción de la Religión; por un personaje tan irreligioso que, para dar ocasión de distracción á una cristiana emancipada, que fué bautizada, pero que despreció la fe, llevó su cinismo hasta administrar el bautismo á una estatua de Júpiter; por un hombre que, para realzar el honor de la Religión cristiana, somete sus discursos á otra emancipada judía, antes de publicarlos. ⁽²⁾ Á pesar de todo, se atrevió á medirse con la Religión, y tuvo el mayor éxito en dar á los deseos del corazón la fisonomía de la época; porque todavía hoy se le prodigan elogios y agradecimientos por haber obedecido á la fuerza superior que le impulsaba á hacerse entusiasta apologista de la Religión. ⁽³⁾

Cierto que sólo pueden hablar de esta manera los que comenzaron por alejarse del Cristianismo para dar su nombre á la nueva Religión de Schleiermacher; y es, por desgracia, muy considerable el número de los protestantes creyentes que se les asemejan. Se oye blasfemar á veces en su círculo, diciendo que sobre el moderno protestantismo ha descendido, por Schleiermacher, una infusión del Espíritu Santo, como descendió en otro tiempo sobre la Iglesia Apostólica, el día de Pentecostés, en el Cenáculo de Jerusalén.

Fácil es, por esto, medir la influencia que ejercería entre sus partidarios con semejante doctrina; á los ojos de sus admiradores, su principal mérito está en haber destruído la opinión de que la Religión tiene algo que ver con la inteligencia y con la voluntad, con el pensamiento

(1) Gervinus, *Gesch. des XIX Jahrhunderts*, VIII, 10.

(2) Haym, *Die romantische Schule*, 424 y sig., 327, 462.

(3) Pünjer, *Gesch. der christl. Religionsphilosophie*, II, 179.